

# *¡Me alegro de conocerte!*

*Una tertulia literaria en el Ateneo Riojano*



Begoña Abad de la Parte, Lourdes Cacho Escudero, José María Lander  
Fernández, Andreas Destreicher Allamand, Piedad Valverde López

**Ateneo Riojano**

8 octubre 2014

Imagen de portada: Eva Lasanta

Ateneo Riojano  
Muro de Cervantes, 1-1º 26001-Logroño  
941251938  
info@ateneoriojano.com

Depósito Legal: LR699-2014

## **Me alegro de conocerte**

Viajar por el mundo de las palabras riojanas, conocer a quien las escribe e intercambiar poesía y escritura es, sin duda, un viaje distinto. Del deseo de la Asociación Suiza de Profesores de Español (ASPE) nació la idea de esta Tertulia Literaria en el Ateneo Riojano. “Nos gustaría conocer a algún/alguna poeta o escritor/a riojano”, comentó su presidenta cuando estábamos preparando un viaje cultural por Tierras Riojanas. Quizás esta propuesta sea el principio de un gran amor y las palabras compartidas den lugar a textos nuevos, nuevos viajes, incorporando entonaciones distintas a aquellas palabras que han escrito los riojanos y que quizás lean los profesores suizos en sus aulas.

Interesante se presenta esta tertulia y para mi personalmente es gratificante, abrir las puertas del Ateneo a mis antiguos compañeros de la Universidad de Zürich, hoy profesores de lengua castellana en la tierra que me vio nacer.

Emocionante acogerlos en La Rioja, donde hablo un idioma que no es el mío, pero que el amor, cargado de poesía y literatura me hicieron tomar como propio.

Sólo me queda dar las gracias al Ateneo Riojano y a todos/as los/as participantes de esta aventura literaria. Pero basta ya de prólogos, ahora ¡que hablen las palabras!

Andreas Oestreicher

## **La medida de mi madre**

No sé si te lo he dicho:  
mi madre es pequeña  
y tiene que ponerse de puntillas  
para besarme.

Hace años yo me empinaba,  
supongo, para robarle un beso.  
Nos hemos pasado la vida  
estirándonos y agachándonos  
para buscar la medida exacta  
donde poder querernos.

*Begoña Abad*

¿Dónde estaba yo  
cuando Szymborska escribía  
su “*contribución a la estadística*”?  
Probablemente zurcía calcetines,  
ponía rodilleras a los pantalones de mis hijos  
o lloraba, sin aparente motivo,  
al terminar la jornada.  
Nadie me hubiera entendido y yo no sabía aún  
que la mano de ella escribía  
poemas que hablaban de mí.  
Yo era entonces *una del montón*,  
una de las *inseguras*,  
de las *encorvadas, doloridas y sin linterna en lo oscuro*,  
pero ya era, decididamente,  
una de las *veintitantas capaces de ser felices*  
y de las *noventa y nueve*  
*dignas de compasión*.  
Ahí sigo.

*Begoña Abad*

## **De la escritura y sus alrededores**

Me levanto temprano  
se queja el hueso y sus alrededores.  
Bajo al huerto sin prisa  
y comienzo a quitar hierbajos,  
entremedio me sorprende, a veces,  
algún tallo valioso donde quizá  
días después, o no, brote una malva.  
Miro alrededor a mis antepasados  
están frescas sus huellas  
como las del corzo joven  
que anduvo anoche por el huerto de la memoria.  
Si el cielo anuncia sol, busco una sombra  
que no sea de nogal, me lo enseñó mi abuelo.  
Y si barrunto lluvia me quedo al concierto  
del tejadillo que escurre lento.  
A veces, entremedio, soy feliz  
porque nunca compré tierra  
y sin embargo me fue dada.

*Begoña Abad*

## La cuchara

Hablar de la cuchara  
humilde en los cajones  
no sirve, me dices, para un poema  
y yo sonrío, vieja ya de todo,  
no discuto, no contradigo...  
La cuchara con la que crié a mis hijos,  
la que llevas a tu boca cada día con suerte,  
la que tu madre usaba los días festivos,  
la que hacía música sobre el cristal de las copas,  
la que con su frío aplacaba el dolor de tus chichones,  
la de peltre, de mi abuela y de la suya  
que me dan sopas con honda  
cuando me crezco, sabihonda,  
y olvido el humilde valor de la cuchara  
y de mi origen.

*Begoña Abad*

Yo no escribo, no sé escribir.  
Las letras solas se llaman y acuden  
como plaquetas a taponar heridas.  
Ya quisiera yo saber escribir  
ponerlas hermosas unas junto a otras  
y sacarlas de paseo como a mis hijos.  
Presumir como madre.  
Yo sólo soy herida que habla.

*Begoña Abad*



## **Horas de penumbra**

Llegaron tarde ayer todas las musas  
y todo se llenó de telarañas,  
llegó tarde el amor y mi inocencia  
cansada de dar vueltas llegó tarde  
a la estrofa del más bello poema.

Llegaron tarde el tiempo y su maleta  
repleta de mis horas intranquilas;  
minutos de locura interminable  
tardaron en llegar; y llegó tarde  
el tímido calor de la poesía.

Llegó tarde el aroma; su mirada  
cansada de mirarme llegó tarde  
y no pudo encontrarse con mis ojos.

Las lágrimas, también llegaron tarde  
dejando en soledad a la tristeza  
que acompañó puntual mi larga espera.

Y todos los relojes en silencio  
llegaron tarde ayer a nuestra cita  
y yo de la tristeza en compañía  
saboreando el alma de tu ausencia  
llegué tarde al amor,  
tarde a la vida.

*Lourdes Cacho*

## La orilla de nadie

Los domingos, la discreta necesidad de salir de lo cotidiano, les llevaba hasta el río. Había allí una paz indescriptible, una manera especial de acomodarse en el murmullo del agua, de llegar hasta el dormitorio de los árboles de la mano del viento. Apenas levantaban tres palmos del suelo, apenas podían con las alforjas de una responsabilidad, que en breve, les haría labradores; pero la vida, los domingos, les traía un refugio en la orilla del aprendizaje, justo debajo del puente que tomaban una y otra vez con las armas de la inocencia. Desde allí, desde “la orilla de nadie”, como años más tarde llamarían a aquel mágico lugar, los paseos de los amantes se proyectaban en la pantalla de la tarde y las caricias, los besos, el equipaje desnudo que el amor deshacía en el goce de dos cuerpos, llegaban hasta sus ojos expectantes de una manera dulce y deliciosa; el exquisito quejido del placer se enredaba en sus piernas y las manos dedicaban su particular balada de amor propio a una piel todavía en penumbra. La tarde, sucedía en brazos del callado y seductor deseo al que cada cual se sometía en la margen conquistada de un río cuya bandera blanca, serena y silenciosa, corría entre sus aguas.

Después, la viscosa vestimenta de sus manos que temblaban al lavarse en el río, el ácido aroma de aquel líquido que anunciaba el placer, les coronaba hombres y les hacía imaginar que en breve cruzarían a la otra orilla y un cuerpo de verdad, de meandros navegables, de juncos trenzados en el acuoso verdor de

una mirada, les haría desembocar en otra vida, en aquella, que ponía fronteras a un antes y un después, que dejaba para siempre la edad de la inocencia bajo un puente donde la muda de los domingos se teñía de gloria.

De vuelta a casa, a la mesa empobrecida de la costumbre, las puntillas del sol friéndose en una sartén de aceite amurallado y una ración de pan clandestino, anunciaban la llegada del crepúsculo. Otro domingo más, regresaba discreto hasta *la orilla de nadie*; otro domingo más, en la memoria de aquellos pequeños conquistadores, las sábanas almidonadas, se convertían en hierba...

Lourdes Cacho

## **Adela, la alpargatera**

Pocos meses antes de su muerte, cuando notó que se acercaba el fin, la bailarina Pina Bausch se desplazó a Cervera del Río Alhama a despedirse de Adela, la alpargatera. Le comunicó al director Win Wenders que interrumpiese por una semana el rodaje del documental que estaba filmando sobre su compañía. Cogió un avión de Berlín a Madrid; un tren de Madrid a Logroño; y un autobús de Logroño a Cervera. En España no cruzó más palabras que las necesarias para adquirir los billetes. Su rudimentario castellano, aprendido en su juventud, desprendía ese tono exótico que tanto divirtió a Almodóvar cuando colaboró con ella. En el avión Pina Bausch se fijó en las nubes; en el tren, en los sembrados de trigo; en el autobús, en las viñas. Y pensó que podría montar una coreografía, su última coreografía, asociando esas tres palabras: nubes, trigo, viñas. La pieza tomaría como base los movimientos fatigados de las campesinas españolas, esas aldeanas arrugadas que se doblan a cámara lenta y que, vistas todas juntas desde la distancia, forman un mar de olas de abnegación y sufrimiento.

Nadie recibió a Pina Bausch en Cervera del Río Alhama. Nadie la conocía. Bajó del autobús con la naturalidad de una vecina más del pueblo. Si no fuera porque vestía un abrigo elegante, podría haber pasado

por alguna de aquellas lugareñas enlutadas que al morir se reencarnan en ascéticos sarmientos. Recordaba bien la dirección de la alpargatería. De los dos barrios del pueblo, el de San Gil y el de Santa Ana, se hallaba en el barrio de Santa Ana. Caminó hacia la tienda con una pose erguida de bailarina clásica, sin tropezarse en el irregular piso adoquinado, amoldando sus flexibles tobillos a los pliegues de las callejuelas. Algunos ventanucos se abrieron para cuchichear y se cerraron al instante. Era un día invernal de febrero y corría ese frío helador que corta hasta la curiosidad. Cruzó el puente que dividía los dos barrios enfrentados y llegó a la alpargatería. Tras el mostrador la atendió una señora de mediana edad. Era la hija de Adela, la alpargatera. Se parecía mucho a su madre. También era muy parlanchina. Aunque aquella mañana, aseguró, no tenía ganas de hablar, no paró de hablar. Las palabras se le atropellaban una tras otra en la boca. Le informó de que Adela había muerto hacía apenas un año, justo el día de San Blas, que había fallecido a causa de una muerte natural muy dulce en la que no había sufrido nada pero nada, y que incluso antes de fallecer, pudo darse el lujo de comerse una de las deliciosas rosquillas con sabor anisado que tanto le gustaba preparar por aquellas fechas. Y remató la plática preguntándole: “¿Era clienta suya?” Pina Bausch respondió escuetamente: “Amiga”.

El cementerio estaba a las afueras. Pina Bausch entró en el recinto con cierto respeto. Ella había dejado en su testamento la orden de que no la enterrasen sino de que la incinerasen para que sus cenizas bailasen libres. La tumba de Adela, la alpargatera, era la octava a la derecha, justo en frente de un panteón faraónico que, por

desgracia, le robaba vistas a la hilera de cipreses. Pina Bausch observó la lápida con detenimiento. Apenas habían tallado en ella dos informaciones: el nombre y apellidos de la fallecida: 'Adela González Soria' y las fechas de su nacimiento y muerte: '1930 – 2008'. El lugar transmitía ese tono gris de la burocracia fúnebre. El único destello de color lo ponía un jarrón de azucenas. Pina Bausch sacó de su bolso de mano unas viejas zapatillas de ballet, aquellas zapatillas que había querido regalarle en vida a Adela y que le iba a entregar ya muerta. Se trataba de sus zapatillas favoritas, gracias a las cuales había triunfado sobre los escenarios de tantos teatros de todo el mundo. Limpió la tumba de la tierra que había arrastrado el viento y, tras retrasar el jarrón de azucenas, colocó el calzado sobre la lápida. Antes de irse, se quedó un buen rato mirando de nuevo la tumba. Sus pensamientos derivaron esta vez hacia elucubraciones más de contenido técnico que espiritual. No le convencía el protagonismo excesivo que habían cobrado las zapatillas. Pensó que, tan adelantadas como estaban, minimizaban la belleza de las flores y que, al minimizar la belleza de las flores, paradójicamente, ellas también perdían presencia escénica. Decidió pasarlas a un segundo plano porque una de sus máximas artísticas siempre había sido que un segundo plano es muchas veces más eficaz que un primer plano igual que un sentimiento sugerido es casi siempre más profundo que un sentimiento acentuado. Así que volvió a adelantar el jarrón y a retrasar las zapatillas. Efectuó el cambio con un toque escenográfico exquisito, alineando cada una de las zapatillas en sendos lados del jarrón, una a la derecha y la otra a la izquierda, de forma que se quedaran

custodiándolo a semejanza de los dos ladrones de la parábola apostólica. Pina Bausch examinó de nuevo el conjunto y asintió satisfecha. Ahora, sí, ahora ya le gustaba el resultado final. Luego se fue. Se hacía tarde. Solo tenía un autobús de vuelta a Logroño y no quiso perderlo.

*José María Lander*

## **El paraguas australiano**

El primer paraguas que tuve era suizo. Me lo trajo mi tío Ramón, hermano de mi madre, porque sería mas barato que un reloj. No sé cuántos años estuvo trabajando en ese país pero recuerdo que cuando por fin regresó no conocía a su hijo de cuatro o cinco años. Nunca pensé que hubiera sufrido lo más mínimo por estar separado de su familia. Al contrario, por las cosas que contaba, yo estaba convencida de que se lo había pasado bomba. La que mejor recuerdo es precisamente lo que le ocurrió justo el primer día. Resulta que cuando llegó con el grupo de españoles que iba tenían que trabajar al día siguiente a las seis de la mañana, pero cómo aún era temprano mi tío les propuso a algunos ir a dar una vuelta para ver cómo era el extranjero. El problema era que podrían perderse y entonces mi tío sacó una libreta y les dijo a los otros que iba a apuntar el nombre de la calle que había en una esquina, y cuando quisieran regresar bastaría con mostrárselo a un taxista. A pesar de la brillante idea tan sólo uno se animó a ir con él. Contaba maravillado cómo los dos recorrieron las calles de la ciudad desconocida admirados por las luces y el lujo. Pero cuando quisieron regresar y le enseñaron la libreta al primer taxista se dieron cuenta de que el turismo no había sido buena idea. Los conductores leían el papel y se reían o no les hacían



caso. Así hasta que tuvieron la suerte de encontrar a un español que llevaba unos cuantos años allí y les acompañó al lugar donde paraban. También les explicó entre risas que aquellas letras no se correspondían con ninguna dirección, que lo que ponía era "PROHIBIDO ORINAR EN LA CALLE". Esta historia me viene a la cabeza porque estoy un poco cansada de escuchar a reputados analistas políticos y económicos cuando explican sin sonrojarse que la juventud tiene que irse de España. Que no se deben limitar a su país, que se tienen que ir a conocer mundo y ampliar miras. Pero no a Suiza, claro, ni a Alemania, sino a Laponia o incluso a Australia. Eso sí, los jóvenes que emigren no son como mi tío sino universitarios. No entiendo que personas tan preparadas reivindicquen y elogien algo tan duro como la emigración. No encuentro que haya ningún progreso ni novedad en ese fenómeno. Desde hace muchos años los países del Tercer Mundo envían a sus ciudadanos más formados para trabajar en Europa como esclavos. Igual cuando regresan a su país cuentan aventuras tan divertidas como las de mi tío Ramón. Pero, dicho sea de paso, espero que mis hijas no me traiga un paraguas australiano.

*Piedad Valverde*

## **Ich denke sowieso mit dem Knie o pensar con la rodilla**

Los mejores veranos de mi vida los he pasado en el Cabo de Gata, en una casa maravillosa a la que por turnos venían mis suegros, mis padres y mis hermanos. Me la alquilaba un jardinero marroquí llamado Alí y pertenecía a un pintor holandés al que nunca llegué a conocer. Cada vez que iba había un detalle nuevo y la última la novedad fue un cuadro sobre la cama con unas mariposas rojas y la inscripción "ich denke sowieso mit dem Knie". En mi cuaderno apunté malamente esta frase creyendo que estaba escrita en holandés, y algo después, ya en Logroño, una amiga que vivía en Alemania casualmente abrió la libreta y tradujo al pie de la letra "yo sin embargo pienso con la rodilla". Como la traducción no tenía sentido pensé que lo había copiado mal, pero yo seguía con la mosca detrás de la oreja e introduje aquellas palabras en Internet y aparecieron un montón de entradas. Me enteré así de que el autor era Joseph Beuys, un activista, profesor y artista alemán al que señalaban en bastantes fuentes como el artista plástico más influyente del siglo XX. Hasta su muerte en 1986 fue un pionero y un filósofo del arte. Y esa sentencia la escribió en un cartel de una de sus exposiciones y quiere significar que hay que extender el pensamiento a todo el cuerpo. A mi esta idea me encantó, me apropié de ella, la interpreté a mi modo y se la dije a mis amigos. Muchos coincidían conmigo en que había que pensar con la rodilla, que si te falta la cabeza hay que echar mano de la rodilla, del codo, del esófago... Sea como sea por muy lejos que yo vaya, a Düsseldorf, o a Darmstadt siempre vuelvo a mi pueblo, cualquier

personaje me hace buscar otro en mi entorno que se le pueda comparar. Así que me he acordado de un vecino mío, el hijo de la Melguiza. Un muchacho algo mayor que yo. Su madre, apodada así porque era trilliza, estaba siempre quejándose de que su Miguel le iba a quitar la vida con sus travesuras. Resulta que tenía la manía de pintarrajearle las paredes. Y un día que mi madre y yo pasábamos por su puerta nos dijo: -Pasa Ramona, pasa, verás lo que ha hecho este canalla. Comprobamos que efectivamente el hijo de la Melguiza había pintado detrás de unas cortinas, y que lo que ella estaba borrando con una brocha chorreando cal era espectacular. Unos caballos con todo lujo de detalles bebiendo agua en un río. Yo aún recuerdo las siluetas de aquellos animales dibujadas con azulete de lavar la ropa, con lápices, con tizones, con tierra y no sé qué otros materiales. Lo que ignoro es dónde había visto él los caballos y el río, si en mi barrio sólo había perros y charcos. El caso es que a mi madre también le asombró y le dijo a la Melguiza que no lo borrara, que lo mejor era que llamara a Don Gregorio, el maestro. Le mandaron razón y éste lógicamente se maravilló con aquella estampa naturalista y dio una solución, que para eso era culto y leído. Dispuso que mi vecino fuera a su casa, que le compraría lienzos y pinturas de las buenas para que hiciera todos los caballos que quisiera. Y la Melguiza no protestó porque lo había dicho el maestro, y eso que ella prefería que su hijo fuera albañil, como el padre y como todos los de por allí. Así que un tiempo después, cuando yo iba a ver a don Gregorio a su casa para que me prestara a regañadientes los libros de Pérez Galdós me recreaba viendo aquellos cuadros, que seguramente conservará. Y se preguntarán

ustedes qué ha pasado con el pintor de paredes. Yo también lo he hecho y he buscado su nombre en internet, igual que a Beuys. Y acabo de descubrir con mucho agrado que el chiquillo al que su madre perseguía con una alpargata es actualmente el director del Departamento de Restauración del Museo de Bellas Artes de Valencia. Tanto mi vecino como yo hemos logrado vivir en un mundo mejor que el de nuestros padres y abuelos. Un mundo en el que la cultura y el arte es tan importante como el pan. Y pienso con tristeza en qué pasará con nuestros hijos, porque estamos volviendo a situaciones de explotación de la gente y miseria similares a la época de nuestra infancia. Quizá ha llegado el momento de pensar con la rodilla, como decía el artista alemán. Porque dicho sea de paso, ya está bien de que los que nos gobiernan piensen con el bolsillo.

*Piedad Valverde*

## Begoña Abad de la Parte

Begoña trabaja para vivir, aunque eso es solo puro accidente. Lo que ha dado verdadero sentido a su vida ha sido descubrir la magia y el poder de la palabra; y lo más importante que ha hecho en ella, ha sido caminar de la mano de sus hijos y crear en el ser humano.

Begoña nació en 1952, en Villanasur del Río Oca (Burgos), y empezó a escribir poemas y relatos desde el Bachillerato. Entre sus últimas obras publicadas caben señalar sus colaboraciones en diversas antologías: *La otra voz. Poesía femenina en La Rioja (1982-2005)* (4 de Agosto, 2005); y en las sucesivas ediciones de *Voces del Extremo: Poesía y Vida; Poesía y Capitalismo; Poesía y Magia* (Fundación Juan Ramón Jiménez, 2006, 2008 y 2009); *Voces del Extremo: Poesía y tecnología* (Ayuntamiento de Béjar, Salamanca 2009); *Aldea Poética IV: SXO* (Ópera Prima, 2009); *Mujeres en su tinta: Poetas Españolas en el siglo XXI* (Universidad Nacional Autónoma de México, 2010) y *50 Poetas Contemporáneos de Castilla-León* (Hontanar, 2011).

Buena parte de su poesía está recogida en sus obras: *Begoña en ciernes* (Colecc. Planeta Clandestino-4 de Agosto, 2006), *La Medida de mi madre* (Olifante, 2008), *Cómo aprender a volar* (Olifante 2012) y *Musarañas Azules en Babilonia* (Ed. Babilonia, 2013). *Palabras de amor para esta guerra* (ed. Baile del Sol, 2013). *A la izquierda del padre* (ed. La Baragaña, 2014). Un libro de relatos breves *Cuentos detrás de la puerta* (ed. Pregunta, 2013). También ha colaborado en revistas como *Piedra de Rayo*, *Youkali*, *La Hamaca de Lona*, *Viento Sur* y *Fábula*, *Álora*, *la bien cercada*, *Umbligo* (México).

*Estoy poeta (o diferentes maneras de estar sobre la tierra)*, es el libro que verá la luz en 2015.

## Lourdes Cacho Escudero

Como he tenido la suerte de nacer en Nalda, he tenido la suerte de coincidir en el camino con personas que me llevaron al mundo de la escritura. Mi primer poema publicado, no recuerdo el nombre, fue en el periódico *El Arco La Villa* (periódico que se edita en Nalda) en una de aquellas ediciones de largas noches y máquina de escribir. Yo tendría unos catorce años y quería ser poeta. Y él, Jesús Ramírez, "Chuchi" me aseguró que lo conseguiría. Pasaron años, siempre escribiendo y en el año 2002 conseguí el tercer Accésit en el III Certamen de poesía del Ateneo Riojano, con el poema "Horas de penumbra". Después, en 2009, gané el premio único de poesía en el XX Concurso literario Esteban Manuel Villegas, de Nájera con el poema "Tiempo infinito". En 2010 conseguí el primer premio de relato en el III Certamen Nacional CON EL MISMO PAPEL, del Ayuntamiento de Logroño, con el relato "Carmela y las palabras". En 2011 consigo el premio único de relato en el XXII Concurso literario Esteban Manuel Villegas, de Nájera, con la obra "Estrellas". Y en 2013 consigo el premio único de relato en el XXIV concurso literario Esteban Manuel Villegas de Nájera, con la obra "El narrador de cuerpos".

Escribir es mi vida, mi mundo, mi paisaje, el despertar más hermoso. Creo que cada poema se lo sigo leyendo casi en un murmullo a Chuchi esperando que él me diga: "a mí me encanta pero ya sabes en este mundo de la poesía..."

## José María Lander Fernández

Nací en Logroño en el año 1968. Me licencié en Ciencias de la Información por la Universidad del País Vasco y me diplomé en Arte Dramático por la Escuela de Teatro de Basauri (Vizcaya). Trabajé más de diez años como periodista en diversos periódicos locales. Ahora, desde hace siete años, doy clases de cine e historia del teatro en la Universidad Popular de Logroño. He ganado alrededor de quince premios literarios locales y nacionales, tanto de poesía, teatro y narrativa. He publicado dos novelas cortas *Yo, Pío Pinel* y *El códice más hermoso*, dos libros infantiles *Ubú, rey de los mares* y *Catapán Gaona* y los libros de cuentos *Monólogo del olivo viejo* y *Cepas nómadas*. Formo parte de la revista *Piedra de rayo*, dedicada a preservar y promocionar la cultura popular riojana, y de la editorial Pepitas de calabaza, volcada en publicar libros de crítica social y cultura alternativa. Sigo colaborando con artículos en la prensa nacional y digital.

Me he especializado en la escritura de cuentos. La mayoría de ellos se nutren de motivos riojanos a los que intento actualizar de una forma contemporánea. El cuento que entrego, 'Adela, la alpargatera', pertenece a la serie 'Casa de oficios', en la que ahora mismo estoy trabajando. Estos cuentos tratan de reflejar los oficios tradicionales de mi región a través de una mirada original, que fusione la cultura más elitista con la más popular.

La mayoría de estos cuentos son ilustrados por el ilustrador logroñés José María Lema. Gracias a la calidad y belleza de sus ilustraciones, hemos sido seleccionados varios años en las Ferias Internacionales del Libro de Bolonia (Italia) y de Guadalajara (México).

## Piedad Valverde López

Piedad Valverde es Diplomada en Trabajo Social, disfruta con su trabajo como Responsable de Cultura Joven del Ayuntamiento de Logroño, colabora en el diario *La Rioja* con la columna "Dicho sea de paso" y en la *Cadena Ser* con el espacio "Gente con Piedad". Y abre algunas ventanas como presidenta del Ateneo Riojano. En casi todas estas facetas tiene la oportunidad de hacer lo que más le gusta: contar historias, tanto de su Andalucía natal como de La Rioja, en la que reside desde hace más de veinte años. Y cuando no puede colocarle a nadie sus relatos se pone a escribir teatrillos, porque necesita compartir sus pensamientos, sus anhelos y sus recuerdos.